





**ESCRITORES POR EL MUNDO.  
VOL. 9.**

*Escritores por el Mundo. Vol. 9 – 2022*

Queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la explícita autorización previa del o los autores.

# Prefacio

La fusión de historias, vivencias, creaciones, versos y relatos vuelve a tener lugar. Con las voces específicas de cada uno, autores de España, México, Estados Unidos, Chile, Uruguay, Colombia, Ecuador, Puerto Rico y Venezuela entrelazan poética y narrativa que, en este libro, se aprecian yendo de lo particular a lo general, entre uno y el universo, alzando esas palabras propias, intrínsecas de cada ciudad, de cada país, que, en un todo, constituyen un mundo literario. Porque de eso se trata esta antología, que es única y a la vez representa tantas cosas. Bienvenidos.



## Por favor, seguí

*Germán Cambón. Montevideo, Uruguay.*

Ya sé

Que las mañanas muchas veces están frías  
Que hay promesas que terminan en mentiras  
Que en las noches aparecen esos monstruos  
Que hay palabras que te alientan a la muerte  
Que hay miradas en la calle que someten  
Que personas muchas veces te lastiman  
Que en la calle somos presas de la ruina  
Que la vida duele más cuando hay tristeza  
Que no todo lo que vemos es belleza

También sé

Que las flores van saliendo en primavera  
Que en verano alguna playa nos espera  
Que un abrazo no es consciente de su fuerza  
Que una abuela siempre espera con comida  
Que a la larga siempre viene la armonía  
Que un amigo siempre está para escucharte  
Que la luna te acompaña a todas partes  
Que los libros son tremenda compañía  
Que la vida siempre brinda una salida

Por eso te pido

Y este es el favor más grande que te quiero pedir  
Cuando estés sufriendo alguna de esas penas  
Por favor, seguí.

## El último abrigo

*Estefanía Gama Pineda. Bogotá, Colombia.*

El primer día en que mi piel se adhirió a mis sábanas, entré en pánico. Lloré, me sacudí, y grité hasta sentir mi garganta completamente desgarrada. Imploré porque alguien me ayudara, pero vivía sola.

Al segundo día seguía llorando, pero esta vez en silencio.

Al tercer día ya no lloraba, solo esperaba a que las sábanas se apiadaran de mí y me dejaran ir a trabajar.

Al cuarto día, lo hicieron.

Al quinto día, estaban unidas a mi piel otra vez, pero se desprendieron al levantarme.

A la segunda semana, me sentía rara cuando me dejaban libre, y ver mi piel me generaba una sensación de algo ausente. Empecé a sentir que un fragmento de mi existencia estaba perdido, y que había sido desprendido de mi ser.

Al mes, comencé a decirle a mis sábanas que no me molestaba si no me dejaban ir, que las quería, que me completaban. Pero siempre me abandonaban.

Al segundo mes, lloraba porque las sábanas siempre me dejaban libre.

Al tercer mes, dejé de levantarme, y les rogaba a las sábanas para que se adhirieran a mí una vez más.

Al cuarto mes, sin ninguna esperanza de que escucharan mis plegarias, intenté salir de la cama. Las sábanas no me dejaron.

- Te dimos tanto tiempo, y aun así sigues aquí.

- ¿No quieres seguir intentando? -dijo otra voz.

- No -les respondí, y pude sentir cómo su material se mezclaba con mi piel y abrigaba mi corazón.

Me envolvieron, me acariciaron, y me convirtieron en una de ellas; y esperamos a una nueva persona para reconfortar.



## Sueño mucho

*Patricia Infanzón Rodríguez. Canóvanas, Puerto Rico.*

Últimamente estoy soñando mucho. Tanto que fácil son como cinco sueños diferentes en una noche. Pero me levanto entre cada uno, sin falta.

Desde que me mudé al lugar más en el carajo del mundo, el cuarto se me enfría. Eso es lo primero que pasa, a veces. Lo odio. Me levanto titiritando, las ganas de mear están por explotar y me voy al baño. Vuelvo, me arropo y pongo el radiador que pelea con encenderse. Lo conseguí tirado en la calle y ni me ocupé de chequear si funcionaba bien y ahora me estoy arrepintiendo. Cierro los ojos y sueño que estoy perdida en un centro comercial con Geralt of Rivia, buscando un libro que nos saque del lugar. Al rato, el calor se me mete por la espalda y me despierta para quitarme las mantas cochambrosas. A veces esto es lo primero que pasa, antes del frío. Yo extraño el calor, pero no esta versión tan sofocante. Me desvelo y apago el radiador que huele a quemado. Me quedo dormida y me sueño en el sótano de un edificio abandonado, estudiando con mis viejos compañeros de clase de la uni para averiguar cómo escapar del yo no sé qué. Vuelve el frío pelú, me levanto, voy al baño, lloro por el calor intenso de casa que ya no me pertenece, prendo el radiador y halo las mantas hasta la cabeza. Me pasa por irme a lo loco sin nada en los bolsillos. Cuando cierro los ojos, sueño que ando buscando a Sherlock Holmes en un estacionamiento multipisos, cuando se supone que me busque a mí, y empiezo a gritar su nombre para no estar sola.

A veces son tantos los sueños que apenas los puedo recordar cuando me despierto por la mañana. El frío-calor ese me deja demasiado cansada para esforzar la mente. A veces bebo un vaso de vino barato y estoy ajumá al acostarme. Me despierto menos, no me dan ganas de ir al baño y mis sueños terminan más extraños hasta acabar en nostalgia. A veces son sueños de casa, de lo que tuve y lo feliz que pensaba que

estaba hasta que me abandonó. Pero ignoro la temperatura y sigo durmiendo. A veces como un brownie que me da mi compañera de piso, y riéndome como una boba mi cuerpo queda tan blando que se duerme solo. No me levanto al menos que haya tomado agua antes, pero solo una vez, y lo agradezco. Ignoro el frío que crece en el cuarto y sueño con la mente saltando entre formas y colores y sonidos de cosas lindas que no reconozco ya.

La mejor amiga de mi expareja me dijo que es raro soñar cuando fumas pasto, que hasta le sorprendió que me pasa. Recordar eso nada más me da ganas de pasar todas las noches con el pasto en la cabeza y el radiador apagado. No tiemblo tanto y no pienso mucho. La pena es menos también. Pero no quiero crear un hábito de borracha ni de arrebatá. Así que me obligo a dormir a la cañona, a pesar de los dedos rojos y los músculos que se me ponen como hielo. El radiador se me está apagando solo. Aprieto duro las piernas. Trato inconscientemente de crear calor con las mantas que ya no me ayudan y el radiador que ya no me prende. Mi cuerpo es el que las aprieta sin yo tener que levantarme. Busca que siga durmiendo, que no me despierte nunca más y que siga soñando. Tal vez si sueño del calor que me daba antes de dejarme sola puedo engañar a mi cuerpo antes de recordarme que fui yo la que se tiró al frío. Que fui yo la que se fue de casa en vez de bregar con el dolor.

Solo quiero soñar y no despertar más con el peso en mi pecho. Me imagino algo tocando la puerta. Son como cantazos sordos. Mis ojos intentan abrirse, pero hace un frío asesino. Mi vejiga se aprieta. Tal vez debería ir al baño, aunque sea una vez más, así puedo soñar tranquila, aunque no sean sobre cosas lindas. Así tal vez los cantazos en la puerta se van y me dejan quieta ya. Nada de lo que veo es real y lo sé en mi inconsciente. Me trato de levantar, pero me quedo dormida y sueño con frío. Los cantazos se están yendo. Me siento temblar hasta más no poder.

Ya no trato de aliviar la vejiga, ni la siento. El frío ya no me da. Ahora sueño siempre, como una película en la nieve. Nunca había visto nieve.

## El palo de mangó

*Patricia Infanzón Rodríguez. Canóvanas, Puerto Rico.*

Mi patio tenía un palo de mangó que llegaba hasta el techo de la casa.

Yo me creía experta en subirlo. Me gustaba escalar el tronco, guindarme de las ramas como un mono y esconderme de mami. Cuando llegaba al tope, veía todo el vecindario: las calles negras, las casas casi todas pintadas de blanco, las palmas con sus pencas secas color marrón a punto de caer en los jardines, a la vecina Angely en su patio tendiendo la ropa y a Francisco en el patio de al lado cortando la grama.

Cuando escuchaba al papá de Angely gritarle a que entrara a la casa, ella se iba pitá. Francisco siempre se le quedaba mirando, pero el ruido del corta-grama molestaba tanto que a veces me daban ganas de gritarle a que lo apagara. Claro, nunca decía nada si no le chotiaría a mami mi escondite en el palo de mangó.

A veces, cuando Angely limpiaba la terraza del patio con la manguera, yo veía al papá irse en su carro. Ahí Angely desaparecía debajo del techo gris de la terraza y el ruido de la manguera se apagaba. La veía salir hacia la verja de Francisco y llamarlo bajito para que saliera. Los dos se sonreían mucho. Entonces, Francisco se iba a su casa de nuevo, desaparecía un momento y salía a la casa de Angely. Así pasaban horas soltando risitas por la ventana del cuarto. Trataba de no imaginarme porqué desde que escuché esas mismas risitas en el cuarto de mis papás y me espanté cuando me asomé a verlos.

Cuando veía volver el papá de Angely, Francisco se iba corriendo al patio de la casa para subir la verja. Y parece que el papá no los cachaba porque lo que le gritaba a Angely era “¿Por qué no está la comida hecha?” y “Eres más bruta que tu mai. ¡Dos mujeres en esta casa para nada, coño!”.

Yo me aguantaba mucho en no contarle a mami lo que veía desde el palo de mangó. Sentía miedo por Angely. Y más

de una vez sentí mi corazón irse del pecho cuando el papá llegaba y Francisco se tardaba en salir. Pero no quería que nadie se enterara de mi escondite.

Hasta que un día Francisco no salió de la casa de Angely. Vi al papá entrar a aquella casa blanca con las pencas tirás en la grama. Me quedé con los ojos pegados al techo de la terraza, justo donde sabía que estaba el portón para salir al patio, obligando a Francisco a asomar las piernas por el canto de losa que se veía debajo del techo antes de pasar a la grama que daba a su propia casa. De tanto estar pendiente, la vista se me empezó a poner borrosa y tuve que parpadear.

Pasaba el tiempo y no veía al muchacho salir. ¿Dónde estaba Francisco? Estaba demasiado silencioso y el papá de Angely siempre hacía ruido.

Sentí mi corazón ir a mil. Tenía unas ganas de llamar bajito a Francisco para que saliera, para avisarle que el papá llegó, que los iban a coger. Pero estaba escondida en el árbol y la boca no me abría.

- ¡Angely!!! -escuché.

Escuché ruegos desde la ventana. Un ruido de quejas y lloriqueos aumentaron de volumen desde el cuarto hasta la terraza. El papá tenía a Angely y a Francisco cogidos de las greñas, uno en cada mano. Angely lloró duro cuando su papá tiró a Francisco a la grama. Pero paró con el puño que le metió su papá a la cara.

Por poco me caí del árbol. Apreté la rama duro y sentí mi pecho llenarse de miedo viendo al papá abofetear a Angely. Cuando él la haló más adentro de la terraza, me bajé un poco del palo de mangó para ver. El papá le estaba dando patadas como loco a Angely. Francisco trató de meterse en el medio, pero el papá le metió un bofetón y lo tumbó a la losa.

Un charco rojo salió de la cabeza de Francisco. Me caí como una guanábana del palo de mangó.

Así, con los moretones frescos y a lágrima viva, yo chotí mi escondite a mami, pensando que eso salvaría a los muchachos. Los gritos de Angely no pararon aún después de llegar la policía. El ruido se me quedó en la cabeza toda la noche.

Al otro día, mami mandó a cortar el palo de mangó. Llo-

rando, le pregunté por qué lo hizo.

- Para que no seas una averiguá -me dijo.

## Desembarco

*Nelba Alejandra Román. Mercedes, Uruguay.*

Una ola se dibuja en el Río Uruguay,  
un 19 de abril a punto de comenzar.  
Bajo el mando de Lavalleja,  
quien no tiembla al remar  
comienza la Cruzada por la libertad.  
Treinta y tres figuras se vislumbran alejadas,  
mientras la noche les promete posada.  
Treinta y tres hombres en lanchas hermanas,  
cruzan el río con fuerzas y ganas.  
Pisan la tierra.  
Flameante bandera.  
Y en sus tres colores,  
en franjas latentes,  
se lee la leyenda “libertad o muerte”.  
Un grupo de patriotas que quieren vencer,  
llegan sin ser vistos al amanecer.  
Fueron camuflados por la noche negra,  
quien rogó a la luna para que no saliera.  
Y la playa La Agraciada es quien los recibe,  
y es en Soriano que el clamor insiste  
en jurar por siempre libertad o muerte.

## José Artigas, el prócer

*Nelba Alejandra Román. Mercedes, Uruguay.*

Una sola figura recorre cada rincón,  
y tiembla de emoción el corazón más curtido  
al recordar con sentido al hombre que nos cuidó.

En un sitio sin testigos, con murallas, sin olvidos,  
un 19 de junio, hace más de doscientos años,  
Francisca trae a la vida al prócer Gervasio Artigas.  
Lo bautizó el tercer día, con partidas bendecidas.  
Pero a los doce partió, el campo lo requería.  
El tiempo lo cautivo...  
Y Blandengue ya sería.

Artigas leyenda viva, corazón de quien lo pida,  
Paupérrimo en su interior y a la vista del opresor.  
Venerado por los gauchos, los indígenas y negros,  
luchador inquebrantable por la libertad del pueblo.

Artigas sol y coraje, noche, color y bandera.  
Libertad en cada franja, libertad en cada letra.

## Luz Angélica

*Guillermo Eduardo Narváez Erazo. Bogotá, Colombia.*

Cual trémula estrella que alumbró mi alma,  
cual cándida rosa que en junio expiró;  
su brillo y su aroma me dieron la calma  
cual cálida tarde que el tiempo extinguió.

Su tierna mirada mi mundo alegraba,  
su voz melodiosa extasiaba mi ser;  
y en amor ferviente todo lo tornaba  
cual tibia mañana que empieza a nacer.

Ya todo se ha ido, ya no queda nada,  
sólo la añoranza del perdido bien.  
Ya su alma despierta, ya desengañada  
yace iluminada en su dulce edén.

Y así, de la fuente que sale y regresa  
su LUZ primigenia ANGÉLICA es.  
Y ya sólo queda el recuerdo que expresa  
sus mágicos visos de amor en su tez.



## **Soneto enamorado**

*Guillermo Eduardo Narváez Erazo. Bogotá, Colombia.*

La plácida quietud de tu mirada  
tiene el encanto místico del cielo,  
sabe reír, amar y dar consuelo  
desde el fondo de su alma enamorada.

Comprende que mi dicha apasionada  
tiene el ardor inmenso de mi anhelo  
y es el febril desmán de mi desvelo  
que mi canto ha besado la alborada.

Son por eso mis notas cadenciosas  
que armonizo con mágica finura,  
vibran de amor si ven que están dichosas.

Y se embriagan de luz y de dulzura  
Yo, por eso, te ofrezco con mis rosas  
mi canción impregnada de ternura.

## El abogado

*Ninotchka Casandra Gaete Pavez. Puerto Montt, Chile.*

Hoy vengo a hablarles sobre un personaje de libros, es tan interesante y misterioso que deben saber de él.

Un caballero de maletín de cuero café que tiene vida propia, zapatos viejos con cordones de otros nuevos, calcetines dispares, con diseño de rallas y colores oscuros, que le gusta apoyarlos en lo alto de la baranda con el sol de frente.

Trabaja en una torre, en el último piso, claro. No usa las escaleras, casi nunca. Su oficina es como su hogar, y él el Rey del lugar; muchos van a visitarlo con sus enormes problemas, llantos y miedos.

Viste ropas sobrias, que cuelgan de su piel como si no pudiesen adoptar una forma firme, simplemente caen, así también sus cabellos locos que se peinan al sentido del viento y la lluvia si la hubiese.

Sus pasos parecen cansados, pero jamás terminan; tampoco cambian de velocidad. Frecuenta los mismos lugares una y otra vez, bebé el mismo té de rooibos, escribe siempre con su tinta verde, fotografía siempre las aves y dice siempre palabras extravagantes.

Deberían conocerlo. Arrastra recuerdos de tiempos difíciles y carga grandes éxitos con su nombre, escucha tango y no sé si sabe bailar. Su destino fue muy ordenado, pero vive inmerso en el desorden. A su alrededor siempre hay libros, libretas, y entre medio uno que otro verso loco entre sus hojas.

Él es un libro, un personaje sabio, su más grande lujo es el saber y enseñar a quien sea merecedor, según su propia percepción.

Está conectado con la magia de lo esencial y lo inconsciente, su respuesta es certera, y sus ojos siempre observan la verdad, aunque es un profesional de la mentira.

Pero si le preguntan, él diría: “Soy un espía de momentos desiertos, un emperador de lo innecesario. Un tímido emperador de mundos imaginarios, un agitador de las olas del lago, y amigo de los cisnes de cuello negro”.

## Amar en silencio

*Ninotchka Casandra Gaete Pavez. Puerto Montt, Chile.*

Como tú lo has dicho, dos hojas escritas por separado en un mismo libro. El cuerpo de un barco que se hunde lo suficiente en el mar, para creer, para crear, pero no bastante para comenzar.

Un amor, basado en la lluvia, en toninas, en lagartijas. Un amor más allá de lo que podemos ver y tocar, más allá de lo existe y de lo que puede ser. Un amor muy sub, muy pseudo, muy tuyo y mío.

Un amor prisionero del tiempo, fuera de lugar, casi inexistente, de fantasmas, de seres de otra época, de seres de otras vidas.

El vaivén de lo que viene y va y de lo que persiste con ganas de desaparecer, con desconcierto, con rareza y que ni siquiera la sabiduría lo puede explicar.

No está estudiado, no está en los libros, no está en historias, solo es lo que es y nada más.

Algo especial, sutil, que lee sonrisas, que lee miradas. Energías que se apagan y se vuelven a encender, por la presencia y el abandono. Abandono irreal, con ganas de no estar rodeado de gente ni espacios comunes. Abandono a la realidad para amarte, en silencio.

Sin ojos, sin lengua, sin palabras que solo visten aquella gran sensación, con el corazón zumbando y el alma en calma, entendiendo que jamás lo entenderás. Con ganas de disfrutar un momento más, de aquello que no existe, pero te hace feliz, en tu verdad, en tu silencio, en tus ganas de amar.

## Primero me morí

*María Catalina Ospina Franco. Bogotá, Colombia.*

1

Ha llegado el día de mi muerte,  
Que mi cuerpo en polvo convierte,  
Tan precoz, que mala suerte,  
Aquí en la tierra me poso inerte.

Mis ojos se han cerrado,  
La miseria ha terminado,  
Cuanta calma en este prado,  
Oscuro, solo y apartado.

Es un campo de flores violeta,  
De aroma y esencia secreta  
Cómo un lejano planeta,  
La muerte perfecta para un poeta.

Hay un lago en la distancia,  
Me recuerda a mi inocente infancia,  
Sus aguas relumbran con elegancia,  
Que perfumada fragancia.

Rodeado de hierba radiante,  
En un eterno, moribundo instante,  
Me muestra una visión brillante,  
¿Estoy muerta o delirante?

Parece ser una puerta,  
Una que solo aparece cuando estás muerta,  
Que para tus huesos queda abierta,  
Una última demoniaca oferta.

No lo dudo ni un segundo,  
Es el camino al mundo,

Sin pensarlo, lento me hundo,  
En las aguas de aquel lago profundo

Y allí quedo perpleja,  
Mientras que la laguna me refleja  
Como una imagen en bandeja,  
La vida de la Tierra vieja.

Condenada a pasar la eternidad,  
Posando mis pupilas sobre la sociedad,  
En todo su odio y su piedad,  
Un castigo de infernal calidad.

¿Qué soy entonces, luna?  
Cuál es esta maldita fortuna,  
Que me dictas en canción de cuna,  
Mientras me ahogas en tu laguna

¿Qué soy?, grito,  
Si estoy obligada a dejar por escrito,  
En un inacabable manuscrito,  
Las historias del mundo humano maldito.

Qué divertido castigo,  
Ser un congelado testigo,  
Contar los relatos del cielo, del trigo,  
De la vida que con los ojos persigo

Y así, infinitamente condenada,  
A mantener mi agónica mirada,  
Empiezo a escribir los relatos de la madrugada,  
La noche y la tarde delicada.

2

Por ejemplo, escuché al mar cantar de amor,  
Con tristeza inigualable,  
Y entendí por qué el mar azota con tanta fuerza la orilla;

“Que trágica mi fortuna,  
Mi estropeado destino,  
Que me enamoré de una gaviota  
Y cómo en las madrugadas la luna,  
Y su reflejo platino,  
Se esfuma cuando el sol brota.

Y yo que sabía,  
Desde el primer beso,  
Desde aquella eterna mirada,  
Que me despediría,  
Sin ningún confieso,  
Ni una palabra sería mutada.

Qué solo mis versos,  
Podrían expresar,  
Lo que mi garganta no se atreve,  
Que tus chistes perversos,  
Y nuestro conversar,  
Ahora hacen que en mis ojos llueve.

No entenderías, amante,  
Que eres tú el problema,  
Y la ligereza de tu andar,  
Aquella fuerza que te empuja hacia adelante,  
Que te encierra en este poema,  
Con cada profundo mirar.

No entenderías, querido,  
Que no puedo seguir a tu lado,  
Sabiendo que como gaviota vas a volar,  
Porque en tus ojos me he perdido,  
En la calma de tu prado,  
Pero yo no tengo alas, debo caminar.

Y yo no quiero verte,  
Con otras gaviotas,  
Marchándose hacia el norte,

Por eso mi maldita suerte,  
De enamorarme de tus palabras rotas,  
Y de quererte por deporte.

Con el silencio profundo me despido,  
Porque odio los finales,  
Pero mis vientos no puedo calmar  
De pensar en lo que pudo haber sido,  
Si tan solo fuéramos iguales,  
Pero tú eres gaviota, y yo soy el mar”.

3

Y puse sobre el pergamino,  
Aquel momento de ruptura,  
Cuando el insaciable destino,  
Destruye toda felicidad y ternura:

“Él se ha ido,  
Y tú, Cerceta Colorada,  
Te has quedado sin un nido,  
O un hogar para pasar la temporada.

Él se ha marchado,  
Y tú, Flor de Cerezo,  
Te has marchitado,  
Perdido en su último beso.

Él se ha despedido,  
Y tú, raíz de Roble viejo,  
Te aferras a lo que ha sido,  
Incapaz de ver tu reflejo.

Y quizá Él no vuelva,  
Pequeña golondrina,  
Pero en esta selva,  
Nunca llegarás hasta Argentina.

Las aves vuelan,

Y aunque tu cueva sea placentera,  
Sus recuerdos te desvelan,  
La primavera entera.

Tus manos se rehúsan,  
A soltar su aroma,  
Tus lágrimas te excusan,  
A olvidar que eres blanca paloma.

Pero tranquila,  
Querida amiga mía,  
Porque predijo Sibila,  
Que el viento te levantaría.

Saben las hojas,  
Que, en una madrugada,  
Las nubes escojas,  
Y dejes la cueva olvidada.

Que tus alas aún están  
Pegadas en tu espalda,  
Y cómo fuerte Tucán,  
Brillan como esmeralda.

Una Cerceta Colorada,  
No puede pretender no ser un ave  
Siendo o no su amada,  
Eventualmente dejarás tu enclave.

Te espero en Argentina,  
Algún día cercano,  
Halcón de aura celestina,  
No olvides que siempre vuelve el verano”.

4

Transcribí los cantos mortales  
De amistades inapagables;



“Sobre mi árbol destellan,  
Luces fulminantes,  
Diamantes de colores,  
Estrellas radiantes,  
Se posan en mis ramas,  
Y se convierten en flores,  
Hermosas y brillantes,  
Cómo racimos de Gramas,  
Son ellos los conquistadores,  
De mi tallo de madera  
Sanan mis dolores,  
Con sus pétalos colgantes  
Y en las noches oscuras,  
Se escuchan risas abundantes,  
De traviesas locuras.  
Y aunque sea mi raíz,  
Arraigada en tierra fecunda  
Que cumple con las labores,  
De buscar el agua que abunda,  
Y alimentar las flores,  
Es su amistad profunda,  
Y sus sabios consejos,  
Es su aceptación rotunda,  
De mis tallos viejos,  
Lo que me mantiene una Glicina,  
Y no un Ciprés a lo lejos,  
Posada en esta hermosa colina,  
Es tu amistad, lo que me ilumina”.

5

Me obligué a versar los dolores,  
De quienes se ahogaban en temores;

“Hoy es el fin del mundo,  
Tan diverso y tan profundo,  
Ahora en su lecho moribundo,  
No lloras ni un segundo.

Desplomada finalmente,  
En este desolado ambiente,  
Ahora que has escapado del continente  
¿Es el infierno suficiente?

En frialdad absoluta,  
Eres lo suficiente astuta,  
Tu gesto indiferente no se inmuta,  
De ver a la Tierra disoluta.

La vida está sobrevalorada,  
Esperas con ansias a la nada,  
Le das la bienvenida a la llegada,  
Del ángel negro y su espada

Es de hecho una sonrisa,  
Que le pide a la soga que se dé prisa,  
Es tu alma, débil y sumisa,  
Para desalentar a tu mente indecisa.

Y es allí en las llamas,  
Que se alimentan de lo que amas,  
Es en esta escena en flamas,  
Que con orgullo tu final proclamas.

Pero entonces algo en la distancia,  
Se acerca a ti con elegancia,  
Pretendes no darle importancia,  
Cuánta maldita arrogancia.

O escuchas la risa querida,  
De tu persona preferida,  
No pretendas que, en tu partida,  
Ella se mantenga desconocida.

Quieres bloquearla con ira,  
Con alguna infesta mentira,  
Pero mientras tus fanales mira,

Sientes cómo tu cuerpo vuelve y respira.

Una explosión de lamentos,  
Cuantos fallidos intentos,  
En medio de tus saciados tormentos,  
Buscas olvidar tus sentimientos,

Pero bien sabe tu amiga,  
Que, en medio de tu intensa fatiga,  
Es la tristeza la que te castiga,  
Y será su oído el que te abriga.

‘Es el fin del mundo’, le lloras,  
Ella te envuelve por horas,  
Te dice palabras libertadoras:  
‘Tranquila linda, pronto veras las auroras’”.

6

Repetí las palabras exactas,  
Aunque algo abstractas,  
De una hija a su madre:

“Primero fui semilla,  
Una paloma amarilla,  
Recién salida de la arcilla

Posada tranquila en tu nido,  
Sin el mundo haber conocido,  
En caliente hogar me has mantenido

Luego fui rebelde planta,  
Salté desde las ramas de tu Amaranta  
Buscando la independencia de tu garganta

Me enamoré de la lejana Francia,  
Y juré haberme deshecho de mi infancia,  
Poniendo entre nosotras dolorosa distancia.

Me convertí en corazón roto,  
Mis lágrimas en alboroto,  
Que estruendoso terremoto,

‘No es más que un desamor hija mía’,  
Me suspiraste mientras dormía,  
Sigo siendo sólo una cría.

Luego vino el veneno,  
El que se escabulló por tu seno,  
Tremendo invasor ajeno

Y entonces fuiste tú quien se desprende,  
Del nido que nuestro árbol defiende,  
De la flor que de ti depende,

Y entonces fui yo quien te cuida,  
Durante tu inevitable caída  
Por tu ubre perdida.

Y así yo fui semilla, corazón roto y adolescente,  
Caminando con confianza de frente,  
De verte detrás de mí, valiente.

Aunque actúe con indiferencia,  
Y con ganada independencia,  
Eres tú, madre mía, la razón de mi existencia”.

7

Incluso intenté en palabras escribir  
El amor de una jovencita,  
Por si algún día le quisiera decir  
Al hombre que inspiración incita:

“Vi algo resplandecer,  
Mientras te miraba,  
Como un sol que no paraba de crecer  
Que hacia mí avanzaba

Vi un universo entero,  
Galaxias y polvo de estrellas,  
Y quede allí, prisionero,  
De tus risas aquellas,

De colores imposibles,  
Sobre los aros de Saturno,  
Planetas violetas visibles,  
En aquel paraíso nocturno

Fue tu voz que me trajo de vuelta,  
¿Qué pasa?, me dices en un momento,  
Con toda la panza revuelta,  
'Disculpa, no es nada'. Miento.

Cómo podría describir la ducha celestial,  
De escarcha verde y dorada,  
Un angélico manantial,  
Que se esconde en tu mirada

Cómo confesarte querido,  
Que me pierdo en tu brillo,  
Tan abundante y distinguido,  
Y al mismo tiempo tan sencillo

Cómo expreso que tus labios  
Y el roce de tus manos,  
Me obligan a ignorar a los sabios,  
Que advertían de amores tiranos.

Tus caricias me abrigan,  
En medio del frío del invierno,  
Y tus palabras me castigan,  
A amarte con delirio tierno".

Soy yo entonces quien toma provecho  
Y así mientras ella se atreve  
A hablar desde lo más profundo de su pecho,

Escribo yo este verso breve.

8

Escribo la verdad,  
Con tinta infinita,  
Pero debo saber,  
¿Qué soy en realidad?  
Una palabra escrita,  
Un lápiz del ayer.

Soy un poema,  
Mi alma es una rima,  
Soy un canto,  
Soy una gema,  
Y cuando su brillo prima,  
Se torna en Amaranto.

Porque cuando las voces,  
Se funden en el cielo,  
Y solo mis manos existen,  
Ahí me conoces,  
Mi incesante anhelo,  
Y mis miedos se desvisten.

Yo que caía,  
En brazos ajenos,  
Buscando que sus pechos,  
Fueran mi bahía,  
De oasis serenos,  
Y dulces helechos,

Pero aquí en soledad vasta,  
En medio de este universo,  
Donde solo mis inventos vuelan,  
Mi bandera en la punta de su asta,  
Se refleja en este verso,  
Y finalmente mis realidades revelan.

Y verás que resulta,  
Que mis profundas verdades  
No son tan pesadas,  
De hecho mi alma se catapulta,  
En todas sus vanidades,  
En estas palabras versadas.

Los lamentos,  
Las risas,  
Las luces y la oscuridad,  
Cuántos sentimientos,  
Miles de premisas,  
La tristeza y la felicidad.

Todo termina en un pliego,  
Tan blanco como la nieve,  
Reluciente e impoluto,  
Y en las hojas riego,  
Lo que tu boca no se atreve,  
Nace un verde fruto.

¿Quién soy? Esta frase,  
Cada letra y palabra,  
Que mi corazón confiesa,  
Sin pudor y sin clase,  
Con pureza macabra  
Esta soy yo, si estuviera impresa.

## El día por venir

*Dayanara Karina Ibarra Valenzuela. Hermosillo, México.*

Veo mi cuerpo comenzando a formar parte de la infinitud. Sentado sobre mi asiento y sobre la fe de mi existencia, en ese lugar que aún no se vuelve ruinas, siento el espesor del aire arrastrar mis párpados. Veo que varios de mis amigos se han sentado junto a mí y los saludo como viejos colegas que se observan después de tanto tiempo. Pero ellos me ven con ojos ciegos y párpados vacíos. Es ahí cuando caigo en cuenta de que el espesor del aire cambió de color y mi infinita fe ha desaparecido. Que sigo plantado en este jardín lleno de espinas donde las ramas nunca brotan y las flores nunca crecen. El tic-tic de las campanas pasea una de sus manos sobre mi gélido hombro y en un segundo el aire se convierte en un gesto anclado en el silencio. Las siluetas oscuras se mezclan entre sí y las respiro con dificultad bajo esta luz espesa que me come los ojos. ¡Por fin me he dado cuenta! El cuerpo sentado sobre esta silla ha tomado el mismo color del aire podrido. Todo se detiene: mi alrededor, mi interior y las agujas del reloj.

¡Ha llegado por mí, y yo he llegado por él!



## Sangre de mujer

*Dayanara Karina Ibarra Valenzuela. Hermosillo, México.*

Espejo roto  
de mil fotos  
desvelo en tormento  
ojos perfectos, sin ningún intento

forma de listón y agujas de algodón  
perfección hecha en hilos y tela suelta  
y sin ningún perdón,  
los enredas y yo tropiezo con tu cordón  
ahorcando el viento con tu aliento  
no lo entenderías y yo no miento

la escalera de palabras acaba  
desdicha tu palabra  
embelleciendo el lamento  
en mi belleza de martirio y sufrimiento.

## Mi primo Lucas

*Luisa Beatriz Arreaza Adam. Caracas, Venezuela.*

El día que nos regalaron los conejitos andábamos todos los primos felices y enternecidos sobándoles esa pelusita con que nacen ellos. Todos, menos mi primo Lucas, quien al rato se cansó de esa sobadera, lo agarró por las orejitas y lo golpeó, una y otra vez contra el piso, de manera inclemente. Los demás primos no entendíamos el porqué la agarraba contra el pobre conejito y entristecidos quedamos ante su figura inánime. El primo Lucas era el favorito de mi abuela materna, su consentido... quizás porque no tenía ni mamá ni papá. Su papá se había ido a trabajar al país del norte y su mamá, mi tía, era tan jovencita que se fue a vivir con su mamá y su papá. Lucas y mi otro primo hermano quedaron en manos de mis abuelos.

Un día estábamos todos los primos jugando a hacer fuego con toda la basura que encontrábamos a nuestro alrededor, cuando a Lucas se le ocurrió agarrar y sacar de la fogata con un palo una encendida e hirviente bolsa plástica, y se la tiró a mi hermanita, quien para evitar que le quemara el cuerpo puso su pequeña mano. Muy pronto la bolsa quedó fundida con la mano o... la mano quedó fundida con la bolsa... Era todo un amasijo y, entre los gritos y el dolor de mi hermanita, nosotros los otros niños no entendíamos de nuevo el porqué a Lucas se le ocurría algo así. Un año más tarde, como la mano de mi hermanita quedó muy fea, le sacaron piel de su nalguita para reparársela. Cosas de muchachos decía mi abuelita.

Mi abuelo, por su parte, era un hombre muy fuerte; tenía un taller mecánico en donde levantaba él solo y a pulso un motor de carro. Claro, mi abuelo antes había sido gimnasta en argollas y dominaba el cuerpo a su gusto. Su posición favorita era el cristo, con el cuerpo bien recto, perpendicular al suelo y los brazos extendidos también en ángulos rectos con el cuerpo. Mi abuelo con toda su fortaleza, el día que mi primo

Lucas decidió irse por su cuenta del colegio a la casa en un autobús público en vez del transporte escolar que tenían mis abuelos, no pudo impedir los hechos que sucedieron.

Era un día cualquiera y Lucas no apareció cuando, después del colegio, nos montamos todos en la camioneta rumbo a la casa. Cuernavaca está llena de subidas y bajadas, poblada de cuestras y barrancos, y el autobús que tomó mi primo Lucas ese día se fue por uno de esos barrancos. Él estaba sentado en la parte delantera, le cayeron muchos cuerpos encima y le destrozaron el brazo. Como mi abuelo estaba trabajando reparando muchachos en su camioneta escolar y yo ya tenía quince años, la abuela me mandó a mí al hospital cuando la llamaron a la casa diciéndole que entre los heridos del accidente que había ocurrido ese mediodía estaba Lucas.

Cuando llegué al hospital y lo encontré allí tirado en el piso, uno más entre muchos heridos, me dio mucha pena. Mi primo Lucas perdió ese brazo, pero desarrolló grandes habilidades con el otro. Claro, si alguna vez aspiró a seguir los pasos de mi abuelo y hacer la posición del cristo en las argollas, esa aspiración, con el accidente, murió. Es un buen hombre y ahora es carpintero, como José, el papá de Jesús, y se las ingenia con un solo brazo para hacer muebles muy bonitos.

Mirando en retrospectiva, recuerdo un día antes del accidente cuando no sé por qué motivo Lucas entró a mi cuarto y me cayó a golpetazos limpios. Nunca entendí el porqué de la golpiza, pero cuando lo vi allí tirado en el piso del hospital con el brazo izquierdo destrozado, todo quedó olvidado... el brazo de arriba abajo con el conejito inánime; el brazo con el palo y la bolsa hirviente en la mano de mi hermanita; el brazo que me golpeaba en mi cuarto de manera inclemente. Solo vi a mi primo Lucas malherido y se me arrugó el corazón de tanta pena.

## Muñecas descabezadas

*Luisa Beatriz Arreaza Adam. Caracas, Venezuela.*

¿Qué que soñaba ser cuando era niña? Pues, doctora. ¡Cuando sea grande voy a ser doctora!, y me imaginaba salvando vidas por doquier. La realidad era otra, mis primeros pacientes fueron mis muñecas: muñeca que me regalaban, muñeca que se enfermaba. Desde el primer momento pasaba a ser paciente inerte en mi hospital imaginario, donde, sin miramiento alguno, la despojaba del vestido, le cortaba al rape el cabello y le untaba merthiolate de verdad en todas las imaginarias pústulas que florecían en su lozano cuerpo. Todo con la buena intención de curarle el sarampión, enfermedad que, por cosas del destino, todas contraían en el mismo momento que llegaban a mis pequeñas manos. El mismo sarampión que me había mantenido acostada en cama en cuarentena por largos días, que a mi corta edad, parecieron años.

Pasaban de ser lindas muñecas vestidas de azul a seres horrendos desnudos abandonados a su suerte en mi terrible olvido. No recuerdo haberle dado de alta nunca a ninguna de mis muñecas, sino el someterlas a todas a la larga penuria que las llevaba a vivir o mejor dicho a morir descabezadas en algún lugar de mi selva urbana. El sueño de ser doctora se me truncó el día que en el colegio Americano, en Las Minas de Baruta, un muchacho venía corriendo y sin percatarse de una pared hecha de vidrio la atravesó con toda su humanidad quedando los trozos desprendidos de su piel guindando en un soberano hueco estrellado. Ese día llegué a mi casa narrando con detalle el evento y cambié mi sueño de querer ser doctora a querer ser periodista. Conté sin cesar a cuanto ser viviente encontré ese día, incluida a La Negra, los terribles hechos que ocurrieron esa mañana sangrienta y de una vez por todas me olvidé de mi sueño de sanar enfermos y lidiar con heridas.

Es muy distinto lo que quieres ser a lo que eres. Mi vocación verdadera, a lo que me dedicaba de corazón, era a ser exploradora. Mientras mis muñecas se mantenían en cua-

rentena, exploraba de arriba abajo la cuadra donde vivía; el parque al final de la calle; las calles que le seguían hasta llegar en mi afán exploratorio al Puente de Los Leones, límite de mi vecindario y de El Paraíso, una de las más lindas y arboladas urbanizaciones caraqueñas. Era feliz encaramada en el árbol de níspero chino que había en mi casa; subía un termo con agua para completar la merienda y entre níspero y agua desde allí escondida exploraba el mundo que se desarrollaba debajo de mis altos predios. Observaba cual gata desde la altura a mis hermanas jugando de verdad a las muñecas, paseándolas, vistiéndolas, haciéndoles cariño; observaba a mi hermano jugando carritos, la gente y los carros que pasaban. Había veces que también subía los libros que me bebía y desde el árbol me trasladaba a las calles de Londres acompañando a mi amigo Charles, o a los suburbios de París con mi hermano Víctor Hugo, los más grandes héroes de mi temprana y exploratoria lectura.

Aun así, la vida te mantiene latente tu primer sueño y cuando La Negra inquieta me fue a buscar y me sacó de la cama, somnolienta, no sabía que iba directo a mi primer caso real de doctora. A La Negra la conseguimos un día que el señor del aseo urbano llegó a la casa con ella en un bolsillo de su uniforme. Su carita sonriente sobresalía del bolsillo y me enamoré del brillo de sus ojitos y de su hermosa sonrisa. Insistí tanto que mi linda mamá accedió a dejarla; le pusimos “La Negra”, y pasó a ser una más de nuestra extensa familia. La noche en que parió fue larga y tendida. La acompañé fielmente mientras todos los humanos en mi casa dormían y vi salir perrito, tras perrito, tras perrito... Todos envueltos en una cobertura que ella pacientemente lamía y lamía hasta que quedaban limpiécitos. Ya limpios, yo se los iba acomodando uno por uno, instintiva, a sabiendas que por su respiración acelerada aún no terminaba de parir.

Al revés de cuando contraje sarampión, las largas horas que duró el parto se me convirtieron en escasos minutos y amaneció de golpe. La respiración de La Negra cambió, me miró orgullosa y las dos en secreto compartimos el milagro de ocho nuevas vidas. Recuerdo claramente mis hermanas

despertándose, alistándose para el colegio, sentadas a la mesa en espera del desayuno. Pasé de largo por la mesa, despeinada, con la pijama ensangrentada. Lancé al aire como quien no quiere que la oigan y así romper el secreto compartido: “¡La negra tuvo ocho perritos!”. Y seguí escaleras arriba. Un sentimiento de realización e importancia me impidió pensar en cambiarme la enrojecida vestimenta, ni bañarme, menos aún ponerme el uniforme e ir a colegio alguno. Yo gran doctora partera, finalizando mi primer trabajo en vivo, me encontraba exhausta. Me acosté a dormir, inmundada de sangre de La Negra y pronto caí rendida en profundo sueño feliz.

## Lucha de Animales

*Luisa Beatriz Arreaza Adam. Caracas, Venezuela.*

Sumergida en el húmedo bosque de mi vida, un día encaramada en la cima de mi aburrimiento, un morrocoy me pasó por delante y cambió mi vida para siempre. Ya no esperaba ansiosa ni entusiasmada a ver qué carajo conseguía para ejercitar la caza. Se me hacía tedioso mi depredado mundo, en donde convivía en selvas no tan vírgenes, entre lianas y peñascos, en ríos turbulentos, con dinosaurios, lobos, tigres, cunagueros, osos...

Apareció el morrocoy un tiempito después de mi encuentro con la yegua blanca que domesticó mi corazón de Artemisa, pero me estoy adelantando a los hechos y no vale la pena hacerlo. Era todo un morrocoy robusto, hermoso, adulto. Iba en lo suyo y pasó a mi lado sin preocuparle en absoluto mi presencia. Iba sin apuro alguno, bueno, ¿qué morrocoy anda apurado?!; solo en la imaginación de una cazadora nata puede haber un morrocoy ajilado con ánimo de pelea. Admiré su innata paciencia. Lo observé detenidamente, llevaba un cascarón alucinante. No andaba por ahí como yo sin escudo, a carne viva, llena de cicatrices, mordiscos, arañazos.

No era mi primer morrocoy, una vez siendo bebé cabalgué en uno de ellos. Andábamos de vacaciones en el llano y tendría yo unos cuatro o cinco meses, mis hermanas y hermanos mayores galopaban felices por la llanura entre árboles gigantescos de samán, cedro, jabillo y mi abuelita que en ese momento me cargaba, se le ocurrió la flamante idea de que yo también cabalgara... pero no en un caballito o en una yegüita, sino en uno de los morrocoyes que teníamos cerca de la casa.

Sosteniéndome por debajo de mis frágiles brazos, me montó sobre la morrocoyita y pasé un buen rato sonreída cabalgándola. Claro, no es que recuerde mi primera cabalgata, sino que ya mayorcita un día mi abuela me mostró una foto

donde aparecen mis hermanos a lo lejos, galopando en sus caballos y yo cabalgando mi morrocoyita.

Y crecí... ya no estaba mi abuela ni para divertirme ni para protegerme de los monstruos, ni de los fantasmas que ella misma conjuraba. La primera vez que me enfrenté sola con un dinosaurio fue una pelea limpia. Era un gigantesco Tiranosaurio Rex, una pieza anticuada digna de un museo, pero vivito y coleando y... no es que me la quiera echar de valiente ¡Ay, sí! Yo y un Tiranosaurio Rex... solo que tuve la suerte de que acababa de afilar mi lanza y mi instinto natural de supervivencia me llevó a colocarme debajo de sus enormes patas y con un golpe certero le clavé la lanza atravesándole su enorme vientre y enterrándosela de lleno en su corazón.

Pelear con un lobo fue otra cosa. No era como esa lucha desigual que había entablado con Rex, sino una pelea casi casi de igual a igual. Quiero decir, con solo agacharme un poco, encontré sus ojos escarlatas, su boca sin sangre ensangrentada. Aterrada lo único que se me ocurrió fue abrirle las fauces con ambas manos y mantenerlas abiertas mientras nuestros cuerpos enfurecidos se contorneaban de un lugar a otro. Ejercí una presión tan grande en sus mandíbulas que, exhausta, al cabo del tiempo, con mis manos rojas, mordidas y adoloridas y su mandíbula partida chorreante, lo solté y nos alejamos los dos aterrados sin despegar la mirada uno del otro.

En mi primer encuentro con un oso me comporté como una imbécil, una grandísima cobarde. En nuestro único abrazo casi fundidos en una sola figura, no sé cómo me le escabullí por las piernas y asustada le lancé una rueda de madera gigante que descansaba en el piso; él la apartó de un solo zarpazo y aterrada, sin encontrar algo más que arrojarle y ante su inminente ataque, le lancé a mi pequeño hijo que de inmediato se desmayó del susto. El oso se lo llevó con extremo cuidado, tal como se lleva a un preciado tesoro, lo colocó en lo alto de un árbol y por unos días lo cuidó como si fuera su propio hijo. Me mantuve escondida en las cercanías merodeándolo hasta que un buen día me armé de valor y en un descuido del oso pude recuperarlo. Mi hijo aún cree que el



oso y yo éramos amigos y que en aquel único y terrible abrazo solo retozábamos.

La lucha que no fue tan lucha, pues no nos caímos a mordiscazos ni a zarpazo limpio, y en donde puse a funcionar mi talento mimético, fue con un tigre; bueno, exagero, quisiera yo... era un cunaguaro. Nos encontramos fortuitamente en plena sabana entre pequeños matorrales. No había ni en un kilómetro a la redonda un árbol para esconderme o por lo menos encaramarme y preparar una estrategia. Inmediatamente comprendí que lo único que podía hacer para salvarme era imitar sus posturas y sus movimientos. Se me hizo eterno, estuvimos como una hora frente a frente viéndonos a los ojos... Si el gruñía, yo gruñía; si el movía la pata derecha, yo la movía; la izquierda, la izquierda... Fue un juego dramático que terminó cuando el cunaguaro y yo cansados de tanto ejercicio corporal nos retiramos complacidos cada cual por su lado.

Al cabo del tiempo una yegua blanca me apresó entre sus patas traseras y, volteando su cara hacia mi inmovilizada humanidad, me miró fijamente y esgrimió una inmensa sonrisa de amor y satisfacción. Esa vez no tuve ninguna duda al verme detenida entre sus flamantes patas de que el triunfo era de ella, no tanto por la habilidad con que me había detenido, sino por esa inolvidable y amorosa sonrisa.

Ya sé que el título de esta pequeñísima historia es “Lucha de animales” y no me van a creer que también tuve un encuentro campal con un morrocoy. Me da hasta vergüenza contarlo, pero no me queda más remedio, porque para ser sincera sigue siendo el mayor desafío y la mayor prueba que he tenido en toda mi animalesca vida.

¡Ja! Y yo que creía en la superioridad de la especie humana, se me olvidó mi primera morrocoyita y me comporté como una canalla. Quise poseer esos atributos que le salían a flor de caparazón, esa manera de ir por el mundo *mindig his own business*... Sin ánimo de pelea, quise acallar mi preocupación por lo externo, desacelerar mis apurados pasos, aprender la sabiduría ¿china? de ese animal, y qué creen que hice, lo agarré, saqué una navajita que siempre guardaba

“porsialasmoscas”, le hice un corte incisivo en uno de sus extremos y arrancándole un pedacito menor que un centímetro de su carne viva, me la comí. El morrocoy siguió su camino como si no hubiera pasado nada y yo saboreé y mastiqué ese duro pedacito de carne que aún se mezcla en mi sangre, con una paciencia inagotable ¿Funcionará el sortilegio?

Al día siguiente, cual Prometeo encadenado a quien un águila o un halcón le comía el hígado todas las noches y a la mañana siguiente amanecía otra vez con su hígado intacto, el morrocoy apareció otra vez, completito, sin muestra alguna de disección. Le quité otra vez un pedacito y me lo comí con paciencia china. Al cabo de varios días se me hizo imperioso esperarlo, y a pesar de ser impredecible, aparecía más por las mañanas que por las tardes. Más difícil todavía era rumiar durante horas a diario ese pedacito de carne tiesa... pero funcionó el sortilegio y aquí estoy, vigilante, tengo más de cinco días esperando que pase. No me he movido, ni he comido, solo he bebido de un riachuelo que pasa aquí a mi lado. Ayer pasaron unas hienas y ni me inmuté, seguí sentada en lo mío, curada ya con los globulitos campestres y homeopáticos de este generoso pariente de mi primera morrocoyita.

## El adiós

*Luis Alfonso Maldonado Arteaga. Quito, Ecuador.*

Para que no me olvides  
Rezaré con devoción,  
Pidiendo que te acuerdes  
De mis sentidos versos.

Para que no me olvides  
Te daré muchos besos,  
En la noche de penumbra  
Antes de la despedida

Pensando que tal vez,  
En tus ojos coquetos,  
Se quedará grabada  
Mi juvenil tristeza.

He inventado una sonrisa,  
En mi rostro sufrido,  
Y un leve y débil alarido  
Que gime en mi corazón.

Mientras tus pasos oigo  
Alejarse hacia el olvido  
Con mis manos empuño  
El amor que te di.

Y nada dicen mis penas,  
Al sentirse visitadas,  
Tras la dura jornada  
Cuando tu amor perdí.

Y este amor embustero,  
Que me dijo te quiero,  
Hoy me causa la muerte

Por nunca más tenerte.

Para que no me olvides  
He cavado una tumba,  
Y enterré en su penumbra  
La vida que por ti viví.

## Versos para mi madre

*Luis Alfonso Maldonado Arteaga. Quito, Ecuador.*

Madre, mi madre querida,  
Inicio de mi existencia  
Por Dios siempre bendecida  
Soy feliz por tu presencia.

Madre, eras joven y bella  
Cuando me diste el ser  
Vital agua de beber  
Linda y hermosa doncella.

Cuidaste de mi infancia, abnegada  
Con mil noches de ternura  
A mi ser le dabas con premura  
Sin que me faltara nada.

Nunca causarme un lamento,  
Madre, fue tu juramento  
Cuando me viste al nacer  
Y luego al verme crecer.

Como virgen adorada  
Eres madre idolatrada  
Por eso mi mente hoy te invoca  
Y mi alma, sutil, toca.

Como el arroyo a la roca,  
Como el pan para el hambriento,  
Como a la brisa el viento,  
De ti mi necesidad no es poca.

Madre, como la natura,  
Tienes en ti la ventura

De cambiar en un segundo  
Todo lo malo del mundo.

Te hablo de esta manera  
Con la confianza debida  
Aunque sufro tu partida  
¡Siéntete por mí querida!

Tus hijos hoy te veneran  
Y toda la vida te esperan  
Para recibir el amor  
Que tú nos das con candor.

De mi existencia primera,  
Madre, madre verdadera,  
Hiciste un hermoso cuento  
Con ése, tu amor, que yo siento.

Cual llamarada sagrada  
Que me calienta la vida  
Por eso eres bien querida  
Y por siempre idolatrada.

Como el pan sabroso y fresco,  
Como la miel dulce y pura,  
Como una fruta madura,  
Así es el amor que te ofrezco.

Madre de antes y de ahora,  
De mi infancia y de mi adultez,  
Hoy venera tu vejez  
Este hijo que te añora.

Y en este día grandioso  
Para la madre creado  
Estoy con mi mente a tu lado  
¡Qué momento más precioso!

## **Dialogando con... ¡la rosa!**

*Luis Alfonso Maldonado Arteaga. Quito, Ecuador.*

¡Naciste para ser hermosa, toda tu vida, rosa!  
Roja como la sangre, rutilante y radiosa,  
Suave como el terciopelo, acariciante, olorosa,  
Bella y estimulante, discretamente preciosa.

De verte en ese jardín, tan graciosa y bella  
Mis ojos se alegran, te admiran y fascinan,  
De ahí te arranco para ella, una sensual doncella,  
Ya sus virginales manos, tus espinas lastiman.

Contigo, armadas mis manos, conquisté a mi amor,  
Pues tu perfume mágico lo hizo dormirse, ¡bella flor!  
Tus pétalos acariciaron su piel, al deshojarse,  
Y el alma de su femenino pudor comenzó a liberarse.

Tu vististe de bellos colores, como el mágico arcoíris  
Un día naces amarilla, otro rosada y sencilla,  
Y te encoges en capullo, o te expandes muy radiosa,  
Entonces quienes te miran, te llaman linda y preciosa.

Contigo se adornan, en ramo, las amorosas ideas  
O lucen su sonora belleza las lisonjas musicales,  
Más de una vez ahuyentaste mis insufribles males,  
¡Qué flor más milagrosa, oh, rosa de los inmortales!

Te llaman coqueta, las que te ven y te admiran, pura,  
Por no ser hermosas como tú, te envidian, sin medida,  
Para ellas querrán tenerte, casi sin vida o marchita,  
Pero siempre estimulante, ya seas grande o pequeña.

Elegida fuiste por mí, para adornar la belleza,  
O para una blanca sonrisa alcanzar con presteza,  
Rosa de tersos pétalos, de ella a la que tanto quiero,

Te sacrifico con pena, pues su candor yo requiero.

Al ir ilusionado, con un ósculo suyo en tus pétalos,  
Hacia mi corazón te aprieto, y me espino contigo.  
Y el gran dolor que me causas lo soporto y lo mitigo  
Porque ella está en ti, con sus besos  
¡Oh, rosa, por favor... sujétalos!



## La “nursa” blanca

*Luis Alfonso Maldonado Arteaga. Quito, Ecuador.*

De andar ligero y cadencioso, como flotando sobre el pasillo,  
Va una mujer durante el día, cantando alegre cual pajarillo,  
A veces silba, a veces ríe, jamás a nadie niega un favor.  
Ofrece su alma y el corazón al triste enfermo con gran fervor.

Es alta o flaca, gorda o chiquita, blanca o morena, rubia tal vez,  
Pero su estirpe de noble alma nos lo resalta de cuando en vez,  
Son sus caricias bálsamo santo para el enfermo en postración,  
Cuando nos habla su voz parece suave sonido, bella oración.

Viste de blanco, nítida y pulcra, para entregarse a su labor,  
Se inventa ideas para brindarnos, con su sonrisa, algo de amor,  
Nos acompaña en la visita, y con un toque de timidez  
Recuerda a todos que es necesario curar enfermos con sencillez.

La vemos todos con alegría, si ella sonríe mejora el día,  
Nos estimula y nos alienta, para encontrar la mejoría  
De los enfermos de cuerpo y alma,  
de los que viven sin sentir calma,  
De los que sufren, y tanto lloran, por eso a ella todos la adoran.

Va caminando por el pasillo, cual virgen blanca de la pasión,  
Buena mujer, quizás gran madre, esposa o novia de vocación,  
Es un ejemplo de sacrificio, ella no duerme por tu dolor,  
Se entrega entera, sin egoísmo, para curarte con gran valor.

La conozco desde muy niño, cuando enfrentaba al sarampión,  
A las paperas o a las anginas, a la diarrea y al remellón,  
O en las suturas de los borrachos, cuando estudiaba para doctor,  
O en el terror de mi dolencia, pues me cuidó con tanto amor.

Ya sea en Navarra o en el Pastaza, en Quito o Cali, la misma es,  
Venga de Loja o de Otavalo, o de Alicante o de Jerez,

La veo en casa, o en mi trabajo, por la mañana o anochecer  
Como mi esposa, como una monja, o como la hija que veo crecer.

Va caminando por el pasillo, el Dios bendito nos la envió,  
Como la muestra del gran cariño, que al ser humano le concedió,  
Algo es seguro... ella te cuida, te da caricias o de beber,  
¿Saben ahora de quién se trata?, de alma pura, ¿quién podrá ser?

Es la enfermera, amigos míos, un ser muy dulce y singular,  
Hoy la saludo con gran cariño, por ser tan buena, tan ejemplar,  
¡Qué vivan ellas toda la vida, que nunca cambien su vocación,  
Y sigan siendo ahora y siempre las nursas blancas de esta nación!

## Diálogo en soledad

*Luis Alfonso Maldonado Arteaga. Quito, Ecuador.*

Se han tornado tan tristes mis días desde tu ausencia,  
Tu presencia animaba mi existir, hoy tan vacío,  
De ese amor que me dabas sin llegar al hastío,  
Tan real, tan sereno y profundo, en su esencia.

Mis cotidianos días se han vuelto tan aburridos,  
Pues contigo enfrentábamos la vida muy unidos,  
Desde que te fuiste, tan lejos, solo me he quedado  
Con el alma en zozobra, y el corazón golpeado.

La soledad se vino, de repente, y es tan hiriente,  
A mis sentidos altera, y me castiga inclemente,  
Cuando me amabas, plena de amor y pasión,  
No había espacio para el dolor en mi corazón.

Ansío tu retorno a mis días hoy cansinos,  
Extraño el perfume de tu piel en mi almohada,  
Es como el fresco olor de los verdes pinos,  
Que se desprende de la flora cuando está mojada.

Cuando vuelvas, floreceré cual blanco jazmín  
Sólo entonces mi soledad llegará a su fin.

# París

*Luis Alfonso Maldonado Arteaga. Quito, Ecuador.*

La fresca brisa de este otoño acaricia mi frente esta vez,  
Mientras te voy paseando, mi París bello, día y noche,  
Para sentir tu alegre y bohemio ambiente, en sutil derroche,  
Cumpliendo mis sueños de habitarte y deleitarme de tu vejez.

El vino de tu suelo, que sabe a la tierra húmeda y abonada,  
Y el sonido cristalino de las aguas cantarinas de tu río Sena,  
Me trasladan al edén maravilloso, donde está fusionada  
La Versalles de reyes, fina porcelana y rancia realeza plena.

Y qué decir de la empinada Torre Eiffel y tu idioma romántico  
Dos formas de expresar tus célticos atributos y facciones  
Que explican a los extranjeros, en su modo muy semántico,  
La cotidiana vida del parisino, sus galas y ajenas tradiciones.

En la isla de la Cité, tu Notre Dame grandiosa sobresale  
Desde su altar una oración al buen Dios dedico, con fervor,  
Y en los Jardines del Trocadero un buen descanso ya me vale  
Luego voy por los Campos Elíseos, alegre, suelto y sin temor.

En Montmartre, refugio de artistas, me siento tan inspirado  
En una tasca bohemia me tomo un café caliente y escucho  
Una canción (¿será de amor?, el francés no entiendo mucho),  
Que me traslada, en relax, a un lugar para el amor reservado.

En la plaza Blanche, el cancán del Moulin Rouge aún vive,  
El mensaje de La Belle Époque en una vieja vitrola suena  
Y mis pies exigen bailararlo, en esta noche tan amena,  
Como homenaje a esta ciudad bella, que con calidez me recibe.

Por el puente de la Tournelle me enrumbo al Barrio Latino,  
Donde el arte y la cultura están a la orden del día.  
Me siento cerca de casa, siempre hay mucha algarabía,

Qué pronto asimila esta vida, mi joven espíritu andino.

Pero tengo que dejarte, mi París bohemio y romántico,  
Recordaré siempre tus paisajes y tu bullicio especial,  
No olvidaré que me recibiste, muy ameno y muy cordial,  
Regresaré a mi Ecuador tras cruzar el gran Atlántico.

Adieu, au revoir.

## **Frustración y ternura**

*Dora Lema Olavarría. Florida, Estados Unidos.*

Decidí terminar esa relación que mantenía una presión insondable; me asombré de poseer esa frialdad frente a su delicado perfil y mirada soñadora que me habían eclipsado; pude desprenderme fácilmente de esa amistad avasalladora.

Fue una batalla agotadora; creo que no pasó ni un minuto que ya lo extrañaba; después de que le cerré toda opción para llegar a mí, no pude evitar que las lágrimas se deslizaran sobre mi rostro; su recuerdo ya lo tenía incorporado en mi piel.

Así es el dolor de la decepción, no hay quien lo pare; uno se ahoga en su propio respirar; nada hay que te calme; esa entrega sin excusas que lograste dar burlándose de tus monólogos adormecidos, de cualquier sentimiento transparente que le entregaste.

Había muchas cosas que me unían a ese perfil grande y qui-jotesco; permanecí inquieta por largo rato, no lo quise escuchar, evité su proximidad, aunque insistía en hacerlo, cerrándole las puertas para que no llegara a mí con mentiras y artificios.

Fácilmente caí en la trampa aquella, de dar todo lo que tiene tu corazón pensando que tu pareja lo haría igual, pero no fue así; él calculó mi entrega, mi candidez, tirando todo donde no lo pudiera alcanzar; solo una luz en el fondo me estaba salvando.

Lentamente va tardando la recuperación, sacudirte del polvo envuelto en la traición de una palabra, de un sentimiento; como aminorar ese fuego que ya andaba encendido en tus sentidos, ahora purificarte del amor tóxico que te enrolló en ese periodo de tiempo.

Allí permanece esa herida honda e inagotable; tu vida correrá sin detener nada a su paso; salir victoriosa de ese golpe a tu corazón, seguir entregando la vida en cada amor y cada pasión, solo tú eres la dueña de tremendos sentimientos que puedes doblar y perdonar.

## Devastadora ilusión

*Dora Lema Olavarría. Florida, Estados Unidos.*

Desde la noche bella y cristalina con sabor a miel entrelazaba mi amor profundo con lágrimas desbocadas; nada detenía ese inmenso desconsuelo ardiendo en mis entrañas que marcaban una ardorosa necesidad,

No respondía a mis clamores; era un amor loco y enfermizo; si tan solo me dijera la verdad; buscaba ecuanimidad en este tormento, y no sucedería hasta después donde su ternura y amor indomable se hicieron vigentes,

Un cielo difícil de alcanzar sin su sola presencia infatigable; allí permanecía esperando que le abra las puertas de un corazón derretido por caricias propias, de un amor bonito sin final que atraía a ese sol majestuoso,

Pensé en las noches frías y sin sentido, que me abrazaban tantas veces; mi cuerpo se sacudía esperando lo inverosímil entregando mis labios amordazados, pudiendo rescatar ese candor de su mirada con un canto de amor lejano,

Trataba de salir de aquel lugar buscando esa luz sonora que poseemos en el corazón los humanos y me dijera qué es lo que estaba ocurriendo, si me estaba abandonando y dejándome sola en ese mar de laberintos,

Caí rendida a esa ilusión sin poder evitarlo buscando un desahogo a todo aquello que estaba viviendo; me detuve preguntando si me lo había imaginado; venía decidida a entender cuál era la imagen,

Era una mujer que entregaba su corazón al hombre que suscito una intensa curiosidad en su vida; se hicieron muy cercanos y hablaban el mismo lenguaje de su cuerpo y su mente; ella se percataba de ello cada vez que se alejaban,

No me imaginaba frágil, ni tampoco fuerte como para sostener un amor ficticio, este sentimiento un tanto irreal, pero que se estaba anunciando como en las novelas o en los cuentos de aquellos seres imaginarios,

No evité su desamor, no pude hacer nada; era su con-

ciencia frente a la mía; iba dando vueltas alrededor para aceptar lo que estaba ocurriendo en mi vida inmutable y ruda,

Decidí ser la mujer que era realmente, uniendo mi existencia con la fantasía; optar por ese amor, confiar en ello a pesar de la duda y desconfianza; creer fielmente en el alma del ser humano, aunque solo lo vivas en tu imaginación.



## **El desconocido amoroso**

*Dora Lema Olavarría. Florida, Estados Unidos.*

Ese encuentro extraño que sostuvimos con miradas sedientas de aventuras de amor y seducción allí largamente atrapados mentalmente lo que duraría ese desajuste furtivo sin final,

Eso que uno siente cuando se estruja el corazón enseña a esperar una palabra simbólica de amor, y no habría un minuto en el tiempo de no visualizar su presencia sin igual,

Rodeada de pesares que colocan una canción de esperanza y coraje me encontraba, cavilando en todo lo que había experimentado en esos días, no lo podía negar, mi corazón volvió a vibrar,

En la noche su imagen fiel y amorosa se acercaba con la luz de las estrellas que iluminaban al calor y pasión; estábamos absortos de saber lo que estaba sucediendo en nuestros cuerpos y mentes,

No era capaz de aceptarlo, a ese punto no podía romper ese lazo; interrumpía mi saciedad a la vida y al infortunio si alguna vez se revelaría mis carencias que no han ayudado a proteger mi integridad,

De repente me desperté sacudiéndose mi cuerpo enteramente; miraba a un solo sitio buscando esos ojos y esas manos que me atrapen y cobijen en su cuerpo sin tiempo y sin reclamo,

Sentía su presencia cerca a mis sentidos; me sostenía mi cabeza en su regazo como si fuera una niña pequeña y dócil; me quería dar esa respiración de vida, aunque ya estaba casi muerta en mi tormento,

Así le pertenecía, sin preguntas y respuestas; solo acudía a ese momento pleno donde no gravitaba la reflexión, solo mi locura llena de asombro y descontrol que se confundían en la eternidad.

## Hablemos de miedo

*Cati Alcaraz Oliver. Sencelles, España.*

Cuando hablamos de miedo, cuando lo mencionamos, cuando lo tenemos presente, lo usamos como un arma para defendernos, algo que nos bloquea y evita eso que nos da miedo.

Pero, ¿qué es el miedo? ¿Duda? ¿Es algo desconocido? ¿O tal vez demasiado conocido? ¿Es una señal interna de peligro inminente? Y ese peligro, ¿es real? ¿O solo es fruto de nuestra mente?

Qué sentimiento el miedo, cuántas cosas que nos provoca, cuántas nos quita, cuántas nos da.

Estamos hechos de miedo; todos tenemos miedo, desde lo más absurdo, como ver una cucaracha, hasta lo más racional, como morir. Pero siempre tenemos miedo.

Y es algo que, queramos o no, nos controla, nos influye, e incluso, a veces, decide por nosotros.

Pero, ¿es realmente tan malo tener miedo? Yo creo que no.

Si no tuviéramos miedo no sabríamos qué es el valor; si no sintiéramos ese temor no podríamos disfrutar de la tranquilidad; si no existiera el miedo no sentiríamos el éxtasis del riesgo que es vivir.

Es esa contradicción la que nos rige, la que nos anima a ser más fuertes que él.

El fallo está cuando nos acomodamos en la absurda idea de que ese miedo es algo superior a nosotros, porque la victoria no está en perderlo, es más, ganas cuando entiendes que empiezas a ser valiente cuando te enfrentas a él, y entonces aprendes que forma parte de ti, y que sin él no tendría ningún sentido arriesgarse.

## Mensajes en favoritos

*Cati Alcaraz Oliver. Sencelles, España.*

Cuando te dicen algo bonito, cuando alguien te es sincero, cuando te cantan una canción, cuando te dedican una, cuando escuchas la voz de alguien después de mucho tiempo, cuando te dicen te quiero. Cuando las palabras lo son todo. Cuando oír es lo único que te salva.

Porque yo no necesito una mansión, ni un coche, ni un viaje a la otra punta del globo; ni siquiera necesito una flor ni una caja de bombones.

Me va bien con saber que estás, tú, quien seas, que cuentes conmigo, que me llames, que confíes en mí.

Ojalá hubiera un “poner mensaje en favoritos” en la memoria.

## Anantapur – India

*Cati Alcaraz Oliver. Sencelles, España.*

Últimamente me he estado acordando mucho de este viaje, me he dado cuenta de que, de todos los que he hecho, ha sido el que más me aportó a nivel personal y en cuanto a realidades que la mayoría de veces pasamos por alto.

Siento como una especie de apego hacia ese lugar, hacia la gente de ese lugar.

Tuve la suerte de poder ver dos realidades completamente diferentes, contradictorias en gran medida. Vivimos en un mundo desigual, sin balanza, en un desequilibrio constante que desde nuestro lujo no somos capaces de ver; nos han criado cuervos y nos van dejando ciegos. Esa misma sociedad que nos encierra en una burbuja de felicidad que nunca romperemos hasta que no nos animemos a ver, a ver el mundo, el de verdad.

En donde todos ven la desgracia de los pueblos más desfavorecidos de la tierra, yo vi algo increíble. Supe ver el alma de ese lugar, la profundidad de la vida, en una realidad que me chocó de una, me desestabilizó. Vi cosas horribles y otras que me causaron una sensación que nunca había experimentado antes.

Y mira qué contradicción: tienen tan poco de algunas cosas y tanto de otras. Siendo sincera, lo que nosotros tenemos a ellos les falta, pero no vemos la cantidad de cosas que ellos tienen y a nosotros nos faltan, y joder si nos faltan. Porque sí, ellos serán pobres, probablemente no tengan ni la mitad de cosas que tenemos nosotros; pero nuestra carencia es mil veces mayor, nosotros somos pobres de alma, y eso no se puede comprar.





# Índice

<b><i>Por favor, seguí</i></b> .....07 (Germán Cambón) Uruguay. Instagram: @germancambon_enletras.
<b><i>El último abrigo</i></b> .....08 (Estefanía Gama Pineda) Colombia. Instagram: @misojoscafes.
<b><i>Sueño mucho</i></b> .....09 (Patricia Infanzón Rodríguez) Puerto Rico. Twitter: @patti_cake08.
<b><i>El palo de mangó</i></b> .....11 (Patricia Infanzón Rodríguez) Puerto Rico. Twitter: @patti_cake08.
<b><i>Desembarco</i></b> .....14 (Nelba Alejandra Román) Uruguay. Instagram: @vivirenversos2020.
<b><i>José Artigas, el prócer</i></b> .....15 (Nelba Alejandra Román) Uruguay. Instagram: @vivirenversos2020.
<b><i>Luz Angélica</i></b> .....16 (Guillermo Eduardo Narváez Erazo) Colombia. Facebook: Eduardo Narvaez.
<b><i>Soneto enamorado</i></b> .....17 (Guillermo Eduardo Narváez Erazo) Colombia. Facebook: Eduardo Narvaez.
<b><i>El abogado</i></b> .....18 (Ninotchka Casandra Gaete Pavez) Chile. Instagram: @ninochkacasandra.

<b><i>Amar en silencio</i></b> .....	19
(Ninotchka Casandra Gaete Pavez)	
Chile. Instagram: @ninochkacasandra.	
<b><i>Primero me morí</i></b> .....	20
(María Catalina Ospina Franco)	
Colombia. Instagram: @catalinaospina13.	
<b><i>El día por venir</i></b> .....	32
(Dayanara Karina Ibarra Valenzuela)	
México. E-mail: ddynra0001@gmail.com.	
<b><i>Sangre de mujer</i></b> .....	33
(Dayanara Karina Ibarra Valenzuela)	
México. E-mail: ddynra0001@gmail.com.	
<b><i>Mi primo Lucas</i></b> .....	34
(Luisa Beatriz Arreaza Adam)	
Venezuela. E-mail: luisabiatrix@gmail.com.	
<b><i>Muñecas descabezadas</i></b> .....	36
(Luisa Beatriz Arreaza Adam)	
Venezuela. E-mail: luisabiatrix@gmail.com.	
<b><i>Lucha de Animales</i></b> .....	39
(Luisa Beatriz Arreaza Adam)	
Venezuela. E-mail: luisabiatrix@gmail.com.	
<b><i>El adiós</i></b> .....	43
(Luis Alfonso Maldonado Arteaga)	
Ecuador. E-mail: abudepeques@hotmail.com.	
<b><i>Versos para mi madre</i></b> .....	45
(Luis Alfonso Maldonado Arteaga)	
Ecuador. E-mail: abudepeques@hotmail.com.	



<b><i>Dialogando con... ¡la rosa!</i></b> .....	47
(Luis Alfonso Maldonado Arteaga) Ecuador. E-mail: abudepeques@hotmail.com.	
<b><i>La “nursa” blanca</i></b> .....	49
(Luis Alfonso Maldonado Arteaga) Ecuador. E-mail: abudepeques@hotmail.com.	
<b><i>Diálogo en soledad</i></b> .....	51
(Luis Alfonso Maldonado Arteaga) Ecuador. E-mail: abudepeques@hotmail.com.	
<b><i>París</i></b> .....	52
(Luis Alfonso Maldonado Arteaga) Ecuador. E-mail: abudepeques@hotmail.com.	
<b><i>Frustración y ternura</i></b> .....	54
(Dora Lema Olavarría) Estados Unidos. Instagram: @doralemaolavarria.	
<b><i>Devastadora ilusión</i></b> .....	55
(Dora Lema Olavarría) Estados Unidos. Instagram: @doralemaolavarria.	
<b><i>El desconocido amoroso</i></b> .....	57
(Dora Lema Olavarría) Estados Unidos. Instagram: @doralemaolavarria.	
<b><i>Hablemos de miedo</i></b> .....	58
(Cati Alcaraz Oliver) España. Instagram: @cati_alcaraz.	
<b><i>Mensajes en favoritos</i></b> .....	59
(Cati Alcaraz Oliver) España. Instagram: @cati_alcaraz.	

*Anantapur – India*.....60  
(Cati Alcaraz Oliver)  
España. Instagram: @cati\_alcaraz.







